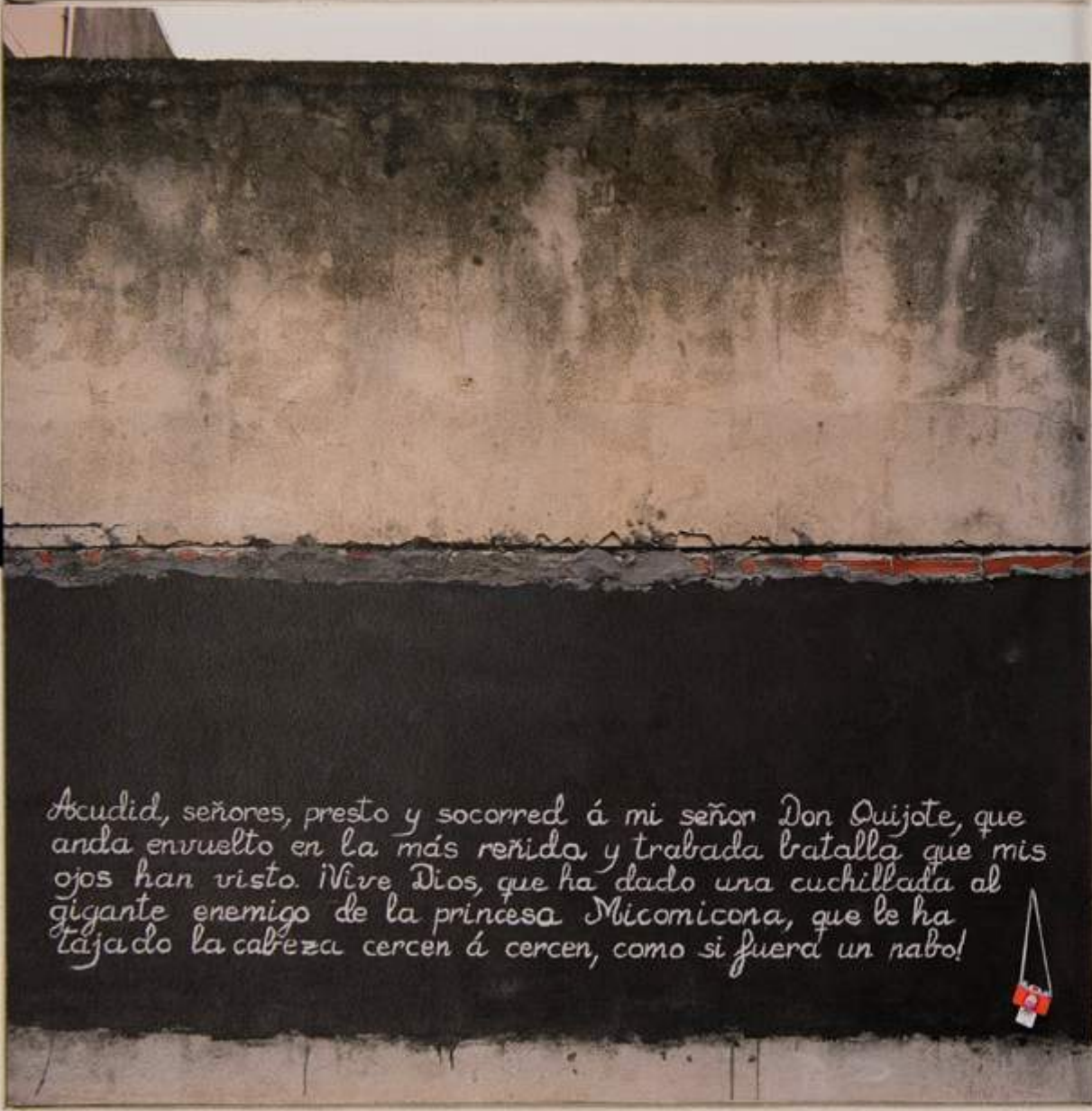
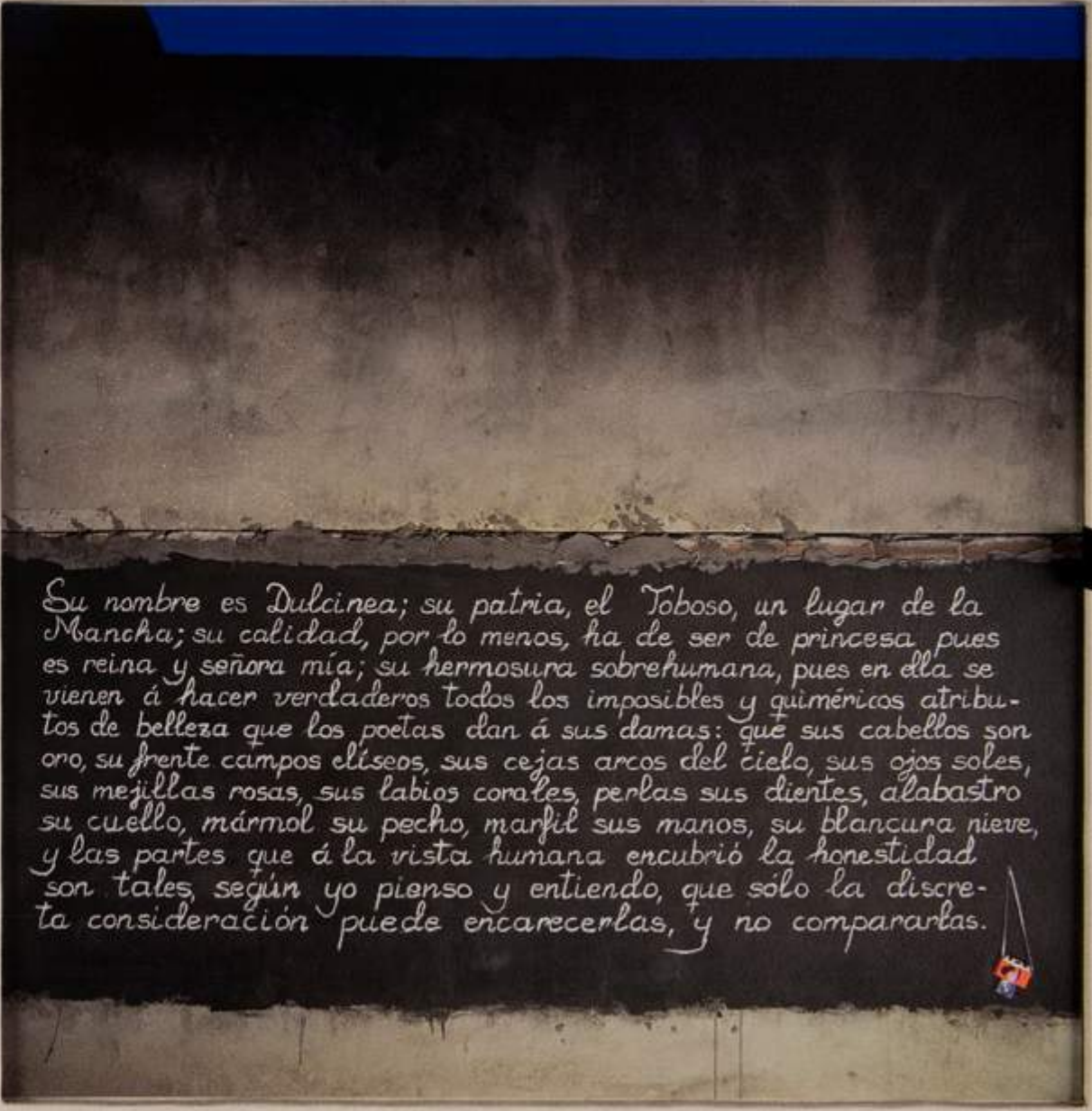


Donde se cuenta lo que en ellas se ve



Acudid, señores, presto y socorred á mi señor Don Quijote, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un rabo!



Su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.

Donde se cuenta lo que en ellas se ve

Siete fotografías y un epílogo

Gusta, como comprobé entonces, de juntarse a los cuerpos cuando ya la juventud se escurre y el difuso gemido de una vejez asoma allí, lejos todavía. Es tristeza pegajosa que se sujeta firme al gesto. Congoja que acompaña a cada giro de la mano, que se teje a cada paso y que sin permiso, se aloja.

Preso hacía un tiempo de eso, no mucho, escrutaba sus signos y preguntaba en vano: ¿por qué eres? No me resignaba a su presencia, insistente, tercos los dos. Un día hice un quiebro: me olvidé de mí y miré hacia otro lado. Y allí, una mano paciente hasta entonces ignorada, la de Alonso Quijano el Bueno, se ofrecía. “Arranquemos de cuajo los hechizos, que son obra de malignos encantadores”, dijo. Y allí fuimos, los seis.

Relinchó Rocinante, jadeó el rucio y la cosa comenzó a apretar menos.

Llegó luego Irene por otros caminos. Máquina fotográfica de juguete de feria, color naranja y payaso sonriente, en sus manos. Escondió un ojo tras el visor plateado, guiñó el otro, tensó el resorte tras la tapa de plástico.

Deslizó el dedo, miró, poderosa, segura, superior a mi despiste. Dudó un instante, se apiadó de mí y me ofreció la cámara. Generosa. Y en mitad de la calle, bajo su mirada impaciente, ante aquella carita que empezaba a temer mi aturdimiento, coloqué la cámara de susto ante mis ojos.

Disparé.

Verano de 2016
Iñigo Royo

Non fuyades, cobardes y viles criaturas; que un solo
caballero es el que os acomete.



Su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas.



Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto
en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que vi
en la cueva de Montesinos. Y no os digo más.



¡Acude, Sancho, y mira lo que has de ver y no lo has de
creer! ¡Aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia;
lo que pueden los hechiceros y los encantadores!



Acudid, señores, presto y socorred á mi señor Don Quijote, que
anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis
ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al
gigante enemigo de la princesa Micomicona, que le ha
tajado la cabeza cercen á cercen, como si fuera un nabo!



¿Que es posible, Sancho, que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á ti te parece gracia de barbero me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa.

Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran duque de Quirocía; el otro de los miembros gigantes, que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabartarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos.



Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había
leído en ningún libro de caballerías que algún
caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sose-
gadamente y tan cristiano como Don Quijote; el cual,
entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron,
dió su espíritu: quiero decir que se murió.

Carta

Hola Mariano, te escribo estas líneas con el fin de compartir contigo y de recordarme a mí mismo algunos de los motivos que en su día me impulsaron a realizar este “Donde se cuenta lo que en ellas se ve”. Cuando vuelvo la vista atrás y me encuentro con las imágenes de algún trabajo que he hecho hace ya unos años no puedo evitar el preguntarme: ¿por qué lo hice? Al margen de la crisis de los cuarenta (suena a broma pero no lo es) y de la cierta necesidad de hacer unas fotos en soledad tras un tiempo en el que había estado liado en el intento agridulce de sacar adelante un par de cortometrajes, lo cierto es que el tiempo había ya borrado en mí el odio que durante mi época de colegial había incubado hacia “El Quijote” y había decidido que ya era el momento de leerlo. Descubrí entonces que la historia del caballero de la triste figura es, también (y como es obvio), un juego sobre la apariencia de las cosas, sobre la imposibilidad de concretar lo real. En ese sentido, me pareció que el quijote es un libro muy “fotográfico” porque justamente enlaza con uno de los aspectos que, entonces como ahora, más me interesa de la fotografía: su inutilidad para definir, con la certeza que le suponemos, aquello que mira. La fotografía es una mano torpe, casi insensible, incapaz de concretar aquello que palpa. Así que me puse delante de una pared grande, rotunda, y con tizas fui escribiendo durante semanas algunos fragmentos del quijote, justamente aquellos en los que pudiera percibirse ese juego de espejismos que se dan cita en la novela. Y los fotografié mediante un encuadre preciso y cuadrado. En una esquina coloqué la cámara de fotos de juguete de mi hija Irene. Única cámara que, como ella con sus tres años claramente entendía, era capaz de mostrar con exactitud en qué consiste eso de la objetivación de lo real. Con respecto al epílogo..., el texto recoge la muerte de Alonso Quijano, se abre el encuadre, la cámara de juguete desaparece, otras apariencias se entremezclan en la imagen y todos volvemos a hacernos los tontos, a simular que las cosas, ¡cómo no!, son de una determinada manera.

Por ahí creo recordar que andaban las intenciones.

Sin embargo y como resulta frecuente, percibo una distancia entre intenciones y resultados. No tengo duda de que eso que hasta ahora te he contado está ahí. Pero ahora, al ver estas copias, siento que el trabajo es también otra cosa, que esas razones se debilitan ante la fisicidad del trazo, de la pared parcheada, del individuo que, insistente, se pone a escribir en una pared con una letra que aprendió en su infancia, de ese cielo que asoma, de esa luz cambiante, del confuso recuerdo del derribo de aquella pared unos años más tarde...

Iñigo

Este ejemplar de la edición titulada “Donde se cuenta lo que en ellas se ve”, numerado y firmado en la parte inferior de esta hoja, se compone de:

Ocho fotografías, un sobre con una carta y una hoja de texto, de las que es autor Iñigo Royo, todas ellas protegidas con papel barrera Canson, más esta página de certificado y colofón. La obra se presenta contenida en una caja de madera que sirve de protección y portada a esta edición.

Iñigo Royo realizó las fotografías en el año 2002, con el recuerdo de la letra que le enseñaron a hacer cuando tenía seis años, un par de cajas de tizas blancas, una regla, una edición de “El Quijote” de Editorial Bruguera, un lápiz, una escalera, una cámara de formato medio, un trípode, un fotómetro, unos rollos de película Fujicolor, una manguera, una toma de agua conectada a un sistema de tuberías que se alimenta de un pantano que se llena cuando llueve, un planeta muy particular que orbita a razón de 29,8 km/s alrededor de una bola de fuego que emite una luz que varía a lo largo de las horas...

Las imágenes obtenidas fueron posteriormente digitalizadas, editadas e impresas sobre papel de conservación museística Hahnemühle Photo Rag Satin, 310 g con tintas pigmentadas de conservación Epson Ultrachrome Pro en el **laboratorio Photogune Lab**.

Todas las fotografías, copias cuadradas de 40 cm de lado, van numeradas y firmadas al dorso por el artista.

Iñaki Barea y Laureano Olaetxea diseñaron y construyeron las cajas de contrachapado de abedul y listones de sapeli, enteladas en el interior y pintadas y serigrafiadas en su parte exterior, las medidas de sus lados son 50x50 cm y también han serigrafiado los textos en sus talleres de Pokopandegi.

El papel utilizado para los escritos es el mismo que el de las fotografías.

La carta y el resto de materiales empleados tienen PH neutro.

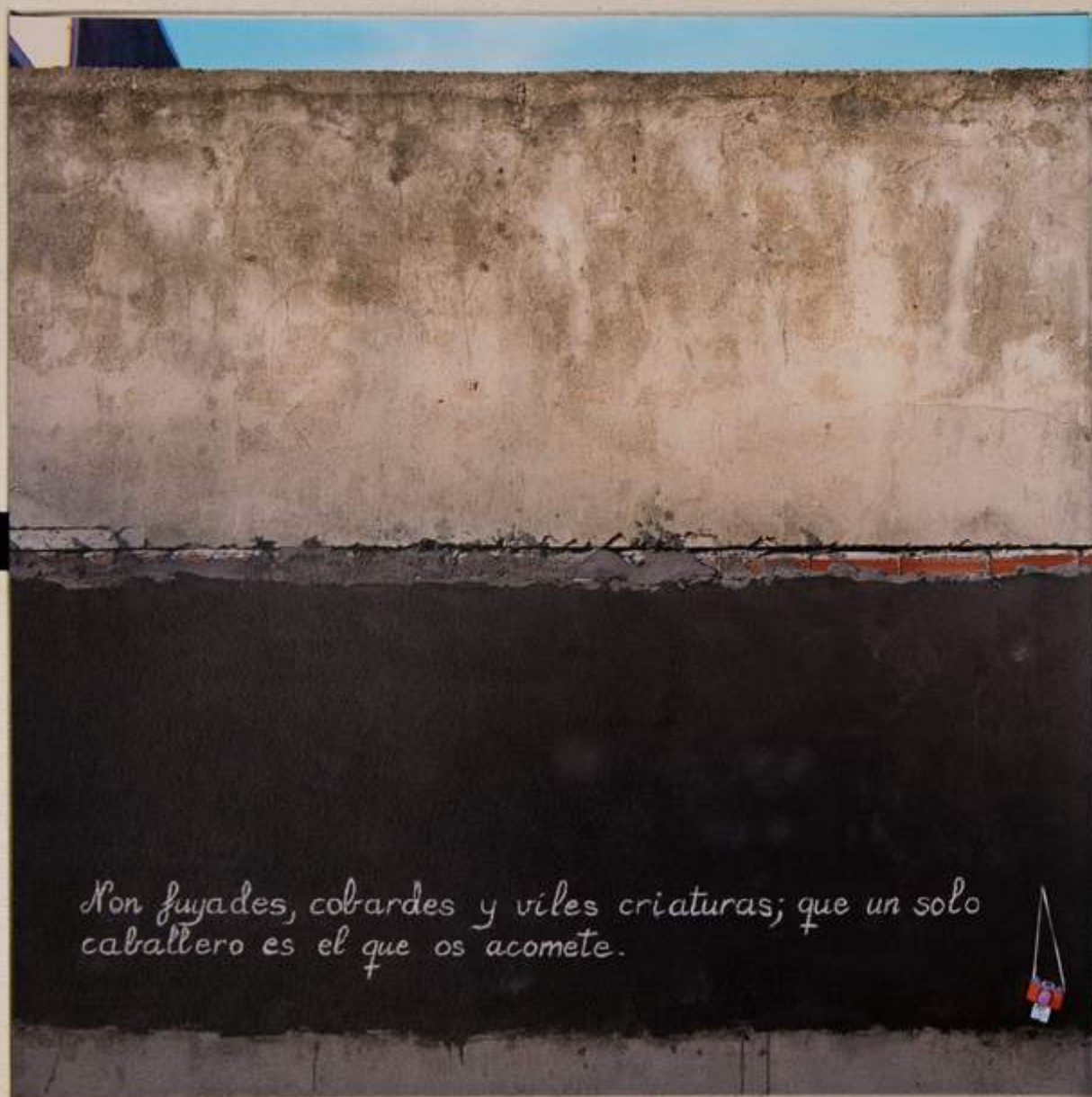
Mariano Arsuaga impulsó y coordinó la edición que tuvo lugar en San Sebastián, en el verano de 2016.

La edición en su totalidad consta de :

- 10 ejemplares numerados de 1/10 a 10/10
- 2 ejemplares numerados de 1/2 P.A. a 2/2 P.A.
- 1 ejemplar numerado 1/1 H. C.

EJEMPLAR Nº:

Firma



Este ejemplar de la edición titulada "Donde se cuenta lo que en ellas se ve", numerado y firmado en la parte inferior de esta hoja, se compone de:

Ocho fotografías, un sobre con una carta y una hoja de texto, de las que es autor Iñigo Royo, todas ellas protegidas con papel barrera Canson, más esta página de certificado y colofón. La obra se presenta contenida en una caja de madera que sirve de protección y portada a esta edición.

Iñigo Royo realizó las fotografías en el año 2002, con el recuerdo de la letra que le enseñaron a hacer cuando tenía seis años, un par de cajas de tizas blancas, una regla, una edición de "El Quijote" de Editorial Bruguera, un lápiz, una escalera, una cámara de formato medio, un trípode, un fotómetro, unos rollos de película Fujicolor, una manguera, una toma de agua conectada a un sistema de tuberías que se alimenta de un pantano que se llena cuando llueve, un planeta muy particular que orbita a razón de 29,8 km/s alrededor de una bola de fuego que emite una luz que varía a lo largo de las horas...

Las imágenes obtenidas fueron posteriormente digitalizadas, editadas e impresas sobre papel de conservación museística Hahnemühle Photo Rag Satin, 310 g con tintas pigmentadas de conservación Epson Ultrachrome Pro en el laboratorio Photogune Lab.

Todas las fotografías, copias cuadradas de 40 cm de lado, van numeradas y firmadas al dorso por el artista.

Iñaki Barea y Laureano Olaetxea diseñaron y construyeron las cajas de contrachapado de abedul y listones de sapelli, enteladas en el interior y pintadas y serigrafiadas en su parte exterior, las medidas de sus lados son 50x50 cm y también han serigrafiado los textos en sus talleres de Pokopandegi.

El papel utilizado para los escritos es el mismo que el de las fotografías.

La carta y el resto de materiales empleados tienen PH neutro.

Mariano Arsuaga impulsó y coordinó la edición que tuvo lugar en San Sebastián, en el verano de 2016.

La edición en su totalidad consta de:

- 10 ejemplares numerados de 1/10 a 10/10
- 2 ejemplares numerados de 1/2 P.A. a 2/2 P.A.
- 1 ejemplar numerado 1/1 H. C.

EJEMPLAR Nº: 2/10
Firma:

80 16 Iñigo Royo